

CAPITULO SEGUNDO.

Desde la filosofía de Locke hasta la filosofía de Condillac.—Locke.—Collins.—Gravesande.—Bolingbroke.—Du-Marsais.—Deslandes.—Hartley.—Genovesi.—Hume.—Voltaire.

Cuando solo existían las pocas semillas empíricas derramadas por los filósofos mencionados, Juan Locke, natural de Wrington, publicó en 1690 su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. El origen de esta obra le refiere él mismo en el prefacio, diciendo que, habiéndose reunido varios amigos en su casa para tratar materias absolutamente extrañas al objeto de su obra, se vieron desde luego entorpecidos con las dificultades que á cada paso se presentaban, y después de atormentarse largo tiempo sin poder resolver las dudas que se ofrecían, vino á mi mente, dice Locke, que tomábamos mal camino, y que antes de entrar en indagaciones de esta naturaleza era preciso examinar los medios que teníamos para conseguirlo, y ver además sobre qué objetos puede trabajar nuestro entendimiento, y cuales no están á su alcance. «Esta duda, añade, la sometí á los amigos reunidos, y todos convinieron que era por donde debían comenzar nuestras indagaciones.» Locke, según se ve, creyó que el estudio del hombre debe comenzar por

TOMO I.

4

conocer sus propias facultades, para ver hasta qué punto puede llevar la certidumbre en sus indagaciones de todos géneros.

En efecto, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* es una obra esencialmente lógica, y en razon de su carácter y base sobre que está fundada, por ahora solo diré, que Locke aplicó á la ciencia del espíritu el mismo principio que Bacon habia aplicado á las ciencias naturales. Bacon habia dicho: «La experiencia sensible es el origen único de los conocimientos que puedan hacerse sobre todos los objetos de la naturaleza exterior;» y Locke dijo, ni mas ni menos: Esa misma experiencia sensible es el origen de todas nuestras ideas; y de esta manera creó un empirismo absoluto, pero que creándole lo hizo con tal novedad, con tal fuerza de razonamiento y con un estilo tan sencillo, claro y elegante, que llamó la atencion de todos los hombres entendidos de todos los paises de Europa, en términos que en los siete años primeros se hicieron siete ediciones de su obra.

M. Coste la tradujo al francés apenas la obra vió la luz pública, y en su prefacio dice que sometió la traduccion al mismo Locke, habiendo merecido su aprobacion. El cambio extraordinario, que esta obra produjo en las formas con que hasta entonces se habian tratado las cuestiones filosóficas, creó hábitos favorables á la libertad del pensamiento. Aunque la obra entera está cimentada en un error gravísimo, y aunque muchas ó las mas de sus proposiciones son combatibles, se hace sentir el autor por un amor tan sincero á la verdad y un respeto tan profundo á la razon, que halaga naturalmente su lectura, y es preciso internarse para conocer que el interior del edificio no corresponde al buen aspecto de su fachada.

El alucinamiento que produjo la obra de Locke se debió á otra circunstancia, que no puede omitirse. Cuando Locke publicó su *Ensayo* era la época misma en que Sir Isaac Newton estaba haciendo los grandes descubrimientos en ciencias naturales, que le han inmortalizado. Paseándose un dia en un jardin que tenia cer-

ca de Cambridge, cayó sobre su cabeza una manzana, y suponiendo que hubiera caído de una mayor altura, desde la luna por ejemplo, la misma fuerza la hubiera atraído sobre la tierra, y si no la atraía, sería porque otra fuerza la llevaría en otra dirección; y de esta manera, la rara inteligencia de Newton descubrió las dos fuerzas de proyección y gravitación, no solo en la luna, sino en todo el sistema planetario, fuerzas que, combinadas, obligan á los cuerpos celestes á describir elipses sometidas á las reglas sencillas de estar la atracción de los cuerpos en razón directa de la masa y duplicada inversa de las distancias, y ser el sol por estas reglas el centro de nuestro sistema planetario. Pero no pararon aquí los descubrimientos de Newton. Auxiliado de un simple prisma, descompuso la luz y descubrió los siete colores primitivos, y explicó el color de los cuerpos por el sencillo hecho de la refractibilidad. ¿No fue una producción suya, aun cuando quiera reivindicarla Leibnitz, el admirable cálculo diferencial y la teoría conocida con el nombre del binomio de Newton? En fin, Newton, al final del siglo XVII, auxiliado ya por los trabajos de sus predecesores Copérnico, Keplero, Galileo, cimentados también en la observación, hizo cambiar la faz de la astronomía, é imprimió una dirección enteramente nueva á los estudios sobre las ciencias naturales. Y ¿á qué se debió un progreso tan admirable? A la observación y á la experiencia. Y bien, dijo Locke, si no hay otro camino de descubrimientos en las ciencias naturales que la experiencia sensible, ¿por qué no ha de producir los mismos resultados si el mismo método experimental, si la misma experiencia sensible se aplica á la filosofía del espíritu humano? Aquí estuvo todo el error de Locke. Es admirable como Locke pudo discurrir de esta manera cuando el mismo autor de los descubrimientos, el mismo Newton, rechazó siempre una doctrina que indudablemente debió conocer que conducía al materialismo. Hablando Newton de la percepción, distingue perfectamente la parte sensible y la parte racional, así como en nuestra organiza-

cion distingue el principio espiritual y el sensorio, presentando en todas sus obras, lo mismo en psicología que en moral, lo mismo en metafísica que en teodicea, un fondo de espiritualismo que honra la memoria de este gran filósofo. Pero Locke, con la aplicación que hizo de la experiencia sensible al estudio del espíritu humano, en una época en que los estudios psicológicos estaban poco adelantados, logró sorprender al comun de los lectores, y crear una opinion robusta en favor de sus nuevos principios filosóficos.

Otra circunstancia favoreció la propagacion de la filosofia de Locke. A fines del siglo XVII existia una lucha entre sistemas rivales y sistemas que descansaban todos en un puro dogmatismo. La teoría de las ideas innatas de Descartes, la armonía prestabilida de Leibnitz, las causas ocasionales de Malebranche, el panteismo de Espinosa y las doctrinas del viejo escolasticismo, se disputaban la preferencia en el momento mismo que causas de religion tenian conmovida toda la Europa; y en tales momentos se presenta en la escena Pedro Bayle, que, retirado á Holanda de resultas de la revocacion del edicto de Nantes, esgrimió su pluma en un diccionario crítico que escribió contra el conjunto de todos los sistemas y de todas las creencias recibidas. Bayle habia pasado en solos dos años del protestantismo al catolicismo, y del catolicismo al protestantismo, y del peripatetismo al cartesianismo, y del cartesianismo al escepticismo. Esta alma incierta, que no hallaba principios en ningnna parte, y que al mismo tiempo estaba dotada de las cualidades necesarias para la crítica, descargó golpes terribles sobre todos los sistemas filosóficos reinantes, valiéndose de la mañosa táctica de atacar un sistema colocándose en la posición del sistema opuesto; y cuando creia demolida la obra, arrojaba con desden las armas de destruccion de que se habia valido para tomar nueva posicion desde donde pudiera demoler el mismo sistema que le habia servido de defensa. Combatió las causas ocasionales con la armonía prestabilida; combatió la armonía

prestabilita con la libertad del hombre; combatió la libertad del hombre con la creacion continúa de Descartes; combatió la creacion continúa con las naturalezas plásticas de Cudworth; combatió las naturalezas plásticas con los atributos de Dios, y hasta la misma existencia de Dios la convierte en un problema, suscitando dudas que abren la puerta al ateismo. Cuando cree Bayle destruida toda la obra de la razon en los sistemas filosóficos, emprende con la revelacion y conmueve sus principales dogmas, valiéndose como arma de la misma razon que acababa de destruir, y para no incurrir en la nota de impiedad, se acoge hipócritamente al texto divino, aconsejando que es preciso cautivar el entendimiento en obsequio de la fé. El diccionario de Bayle tuvo un séquito extraordinario; y como su objeto fué combatir todo dogmatismo religioso y filosófico, facilitó la entrada y la admision de una filosofía como la de Locke, que es enemiga de todo dogmatismo, y que reduce todo el saber humano á los datos que pueden suministrar los sentidos corporales.

Fiel discípulo de Locke fué Juan Antonio Collins, del condado de Middlesex, á quien Warwurthon llama el terror del siglo XVIII. Este filósofo se empapó enteramente en las doctrinas de Locke, con quien llevaba íntima amistad; pero lejos de ser retenido y circunspecto, como lo fué este, en no avanzar las consecuencias que pudieran comprometer su reputacion en mal sentido, se arrojó á todo; y aprovechándose de los principios sentados en el *Exámen sobre el entendimiento humano*, combate la espiritualidad del alma, y si admite la inmortalidad, es solo como un artículo de fé; y combate la libertad del hombre, suponiendo que los motivos le precisan á obrar. En fin, Collins, hecho empírico con las doctrinas de Locke, y dejándose llevar de la lógica, sostuvo el materialismo y el fatalismo, y sus *Indagaciones sobre el libre albedrío*, su *Carta á Dodwel* y sus *Discursos sobre la libertad* fueron traducidos al francés, siendo recibidos en Francia con el mas decidido entusiasmo por los muchos partidarios de

Locke, que miraron á Collins como una cabeza privilegiada, aunque en la realidad fué un filósofo á quien faltó profundidad, si bien no carecia de sutileza.

Mas prudente Guillermo Jacobo Gravesande, filósofo holandés, si bien no pudo resistir á la influencia que sobre su alma ejerció la filosofia de Locké, jamás reconoció consecuencias que comprometieran sus creencias religiosas, y en la cuestion sobre el origen de las ideas suspendió su juicio, por temor sin duda á las consecuencias. Pero donde Gravesande no pudo sacudir el yugo de Locke fué en la delicada cuestion de la identidad personal y en la de la libertad del hombre, inclinándose en esta última á las opiniones de Hobbes, que pone la libertad en el hecho de la ejecucion, y no en el acto psicológico de la deliberacion. En cuanto á la lógica, siguiendo á Descartes, Locke y cuantos filósofos modernos le habian precedido, reconoce como verdadero criterio de certidumbre la evidencia; y si bien en punto á la existencia del mundo exterior discurre como un cartesiano, recurriendo á la veracidad divina, en todo lo demás, y especialmente en los medios de corregir nuestros juicios, descubre tanta sensatez, y lo hace con tal orden y claridad, que con razon adquirió el título de gran filósofo entre sus contemporáneos.

Menos mirado fué Enrique San Juan, vizconde de Bolingbroke ministro de Negocios extrangeros que fué de la reina Ana de Inglaterra, el cual en unos *Ensayos filosóficos* publicados despues de su muerte desenvuelve sus principios, que son los mismos de Locke, y lo hace con tal decision, que á sus ojos todos los sistemas, que desde Platon hasta Berkeley habian aparecido en el mundo, no eran mas que unas puras quimeras ó sueños poéticos decorados con el nombre de filosofia, y que podrian muy bien suprimirse sin perjuicio de la ciencia. Bolingbroke dice que para conocer el alma y el cuerpo no hay otro medio que observar escrupulosamente todos los hechos que se pasan en nosotros desde el nacimiento hasta la muerte. Frisar mas alto es una locura, y

los metafísicos propiamente dichos, le parecen á este filósofo hombres que toman la razon misma por cómplice de su delirio. Bolingbroke no es ateo, pero no admite otras pruebas que las sensibles, siguiendo en esto los principios de Locke, su maestro.

Dotado de hábitos filosóficos, y aunque moderado por carácter, César du Marsais, natural de Marsella, fué el precursor de los Cabanis y Broussais. El lenguaje, la lógica y la gramática general fueron el objeto de sus estudios y de sus obras. En su lógica fué donde descubrió mas en claro sus tendencias opuestas al espiritualismo: «De la variedad, dice, que se encuentra en la consistencia, en la naturaleza, en la distribucion de las partes delicadas que componen la sustancia del cerebro, nace la diferencia casi infinita de los espíritus, según el axioma de que todo lo que es recibido varia segun la disposicion de aquello que recibe. Cuando las impresiones de los objetos, que afectan la parte exterior de los sentidos, llegan á la sustancia del cerebro por medio de la extremidad interior de los nervos sensibles, entonces percibimos estos objetos. Esta primera impresion deja un vestigio en el cerebro, y este vestigio subsiste en él mas ó menos, segun la blandura ó sòlidez de la sustancia del cerebro.» Esta explicacion no puede dejar duda de las opiniones de este filósofo, que tambien se dejó llevar de la corriente de aquella época, funesta para los verdaderos adelantamientos de la ciencia.

Andrés Boureau Deslándes, natural de Pondiqueri, publicó por entouces una *Historia critica de la filosofia*; y si bien dió pruebas de imparcialidad y moderacion en sus juicios con respecto á todos los sistemas filosóficos, y no se desentendió del respeto y consideraciones debidas justamente á la religion, no por eso pudo resistir á la influencia de la filosofia empírica, descubriendo tan á las claras su ninguna fé en los principios metafísicos, que con razon se le puede calificar de un verdadero escéptico, siendo muy natural que, encerrado en el mezquino y estrecho campo de la sensacion, no encontrara otro origen de la moral ni otro princi-

pio que el placer. Así, no es extraño que exclame desconsolado: «No existe teología natural, y todas las verdades que creemos tener de esta ciencia imaginaria son un don de la revelación y de la gracia.» A pesar de explicarse así, Deslándes es filósofo empírico, y su mismo escepticismo es un fruto natural de su empirismo.

A mediados del siglo XVIII hizo un ruido extraordinario en Francia un libro titulado *Observaciones sobre el hombre, su organización, sus deberes y sus esperanzas*, de David Hartley, médico inglés. Uno de los méritos de Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* fué que, á pesar de la base de su sistema puramente empírico, y á pesar de su cualidad de médico, jamás perdió el tono y el tacto de verdadero psicólogo, y huyó constantemente de todas las combinaciones fisiológicas que pudieran materializar su doctrina. Esta delicadeza de Locke es la que destruyó Hartley con su sistema; y aprovechándose de algunas indicaciones que Newton hizo en su tratado sobre las ópticas y de la asociación de las ideas del mismo Locke, construyó un nuevo sistema que no fué mas que una versión del empirismo, pasándole del campo de la psicología, en que le había colocado Locke, al campo de la fisiología, en el que le hizo aparecer Hartley; este filósofo creó de esta manera un sistema de hierro, que produjo el buen resultado de descubrir uno de los lados débiles del empirismo, cual es el fatalismo, y el fatalismo es el carácter esencial de la filosofía de Hartley, como veremos en su lugar.

Antonio Genovesi, de Salerno en Italia, del orden religioso, publicó por aquella época una lógica que mereció gran acogida de sus compatriotas. En ella define al hombre como compuesto de un cuerpo orgánico y de un alma racional y libre; pero también se dejó llevar de las opiniones del siglo, y cuando trata del origen y clasificación de nuestras ideas, no reconoce á nuestra razón como origen de ideas primitivas, y consecuencia de esto, omite hablar de las ideas universales y absolutas. En lo demás

Genovesi es eminentemente espiritualista, como va dicho, y uno de los hombres notables que produjo la Italia, rivalizando en el siglo pasado con Smith en los grandes adelantamientos hechos en las ciencias económicas.

Entre los filósofos del siglo pasado y época que tratamos, llamó particularmente la atención David Hume, natural de Edimburgo. Este filósofo tiene el mérito de haber reducido al absurdo el sistema empírico. «Todos nuestros conocimientos, dijo, nacen de la experiencia sensible; la experiencia sensible solo nos da hechos accidentales y contingentes; luego todos nuestros conocimientos se reducen á hechos contingentes ó fenomenales. Por consiguiente, todas esas ideas, que se llaman ideas universales y absolutas, comenzando por el principio de causalidad, no son mas que un producto de nuestra propia imaginación que no tiene otro origen que el hábito ó la concomitancia de las ideas.» Y como Hume, siguiendo á Locke, era partidario de las ideas representativas con respecto á los fenómenos que representa el mundo exterior, tuvo que incurrir precisamente en un pirronismo absoluto, y Hume es el escéptico mas pronunciado de los tiempos modernos.

En otra dirección marchó Francisco María Arovét (Voltaire), quien, mirando con desden la metafísica, se lanzó en el campo de la literatura, de la filosofía práctica y de la historia, y valiéndose de las dotes naturales de que estaba adornado su raro entendimiento para una crítica sazónada y satírica, ejerció en el siglo XVIII, y particularmente en la época de que tratamos, una influencia poderosa en la marcha de las ideas. Los autores del *Diccionario filosófico* que se acaba de publicar en Francia, suponen que Voltaire estuvo siempre de parte de los buenos principios filosóficos, á pesar de la guerra cruel que declaró al cristianismo, y que sus ideas de ninguna manera favorecieron al empirismo, al sensualismo, al materialismo, que se desarrollaban en Francia en aquel siglo. Para ello citan muchos pasages de este filósofo en

que consigna sus opiniones en defensa de la inmutabilidad eterna de lo justo y de lo injusto, de la libertad moral del hombre, de la espiritualidad é inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, apareciendo esta última en unos versos que dirigió al autor ateo del inmundo libro titulado *De los tres impostores*, diciéndole Voltaire que él era el cuarto. Los versos dicen así: «Todos han adorado un dueño, un juez, un padre; conducta sublime, pero imprescindible al hombre, como que esta creencia, lazo sagrado de toda asociación y primer fundamento de la equidad, sirve de freno al malvado y de esperanza al justo. Si los cielos, despojados del augusto sello de esta verdad, no hicieran de ella una manifestación, es decir, si Dios no existiera, sería preciso inventarle.»

Todas estas citas son ciertas, pero es preciso tener presente que los hombres de singular talento, los que son verdaderos genios, y cuyo título no se le puede negar á Voltaire sin injusticia, tienen momentos en que no son dueños de sí mismos, momentos en que les viene de lo alto el rayo de luz que ilumina su inteligencia, y dejan correr sus plumas con la expansión de una alma que recibe las inspiraciones del Infinito, y entonces están en lo verdadero. En la historia de todos los filósofos, por mas irracionales que hayan sido sus sistemas, se encuentran estos rasgos de elevación, de verdad, de magnanimidad; pero nunca ellos pueden servir de guía para fijar el valor de una doctrina dada. Locke y Condillac fueron defensores de la espiritualidad é inmortalidad del alma, y precisamente sus sistemas conducen directamente al materialismo. Voltaire tuvo esos arranques en defensa de la Divinidad, de la libertad, de la espiritualidad, del principio moral; pero no son ellos los que dan tono á sus doctrinas, ni los que fijan el juicio crítico que se merece este filósofo; No fué Voltaire, como lo dice él mismo, el que hizo conocer en Francia la filosofía de Locke, contribuyendo así á crear ese movimiento empírico, tan funesto á la causa del espiritualis-

mo? ¿No destruyó Voltaire por medio de un folleto, escrito con toda la gracia que le daba su mordáz talento, la hipótesis de los turbillones de Descartes, y con ella toda la metafísica de este gran filósofo? ¿No ridiculizó las ideas innatas, y pintó á Descartes en repetidas ocasiones como un verdadero visionario? ¿Quién paralizó el impulso espiritualista impreso al gran siglo de Luis XIV por el genio de Descartes, sino Voltaire con la terquedad de su pluma, que en sesenta años no cayó de su mano? ¿No sacó al teatro la filosofía del gran Leibnitz, eminentemente espiritualista, para ponerla en ridículo en su *Cándido*? Si tan profundo era su respeto al principio moral, ¿cómo es que en el libro *De las máximas*, de La Rochefoucauld, no halló otra verdad que la de ser el amor propio el móvil de todas nuestras acciones? Ahí están sus *Discursos sobre la historia universal*, en los que debían aparecer en claro las leyes que nos rigen en el gobierno moral del mundo, y allí solo se ven los hechos entregados á un fatalismo desesperado, sin dar cabida á la divina Providencia. Y ¿admite alguna defensa la guerra injusta que declaró al cristianismo, que es un puro espiritualismo, y á quien debe su perfectibilidad el género humano? Que un jóven lea aisladamente y sin preparacion las obras de Voltaire, y á su conclusion encontrará seco su corazon, helada su alma, y extinguido su entusiasmo sobre todas las grandes cuestiones que ha recibido de la educacion é interesan á la humanidad; verá convertidos en problemas los primeros principios, sin poder extender sus miradas mas allá del mundo material que le rodea. Por último, los mismos autores del Diccionario confiesan que Voltaire era enemigo de toda metafísica. Y ¿qué significado tiene esta confesion? ¿Pueden tenerse ideas fijas, ó por mejor decir, puede el hombre tener ideas sin explotar los tipos eternos que, como signo de su inmortalidad, depositó Dios en su alma, y que le sirven como de hilo para penetrar en los arcanos del Infinito? ¿Qué es el hombre entregado solo al mundo fenomenal, al mundo físico, al mundo de las sensaciones, sino

un buque sin brújula, que navega al acaso, que si llega á puerto algunas veces será por accidente, pero que constantemente tiene que ser juguete de las olas ó víctima de hajíos ocultos en un derrotero desconocido? Esta es la conducta que se observa en Voltaire. Navega sin brújula, porque navega sin metafísica, fuente perenne de la solidez de nuestros juicios y norte seguro en nuestra navegacion terrestre; y si algunas veces hace algunas arribadas felices con esas emanaciones espontáneas que salen de su pluma en defensa de los buenos principios, presenta en el conjunto de su viage toda la incertidumbre de quien se arroja á la ventura en medio de un mar proceloso, encerrándose en la materia, y sin dirigir sus miradas al firmamento.

Ya vimos en el capítulo anterior la situacion del empirismo al final del siglo XVII, estando reducido en aquella época á opiniones sueltas de filósofos que ligaban el renacimiento con la filosofía de Locke, publicada en 1690, y cuya tradicion se habia conservado entre dos torrentes espiritualistas, el escolasticismo y el cartesianismo, que parecian invencibles. Pues en el período que acabamos de recorrer cambió todo el teatro. La filosofía de Locke fué recibida con el mayor entusiasmo, se tradujo en todas lenguas, se comentó, se glosó, se desenvolvió, y se la hizo conocer bajo todas sus consecuencias. Como su base era el ser la experiéncia el origen único de todos los conocimientos, y como el estudio de los hechos sensibles y la aplicacion del método analítico á las ciencias naturales, como á la astronomía, la física, la fisiología, la química y demás, daban en aquella época magníficos resultados, se creyó que, aplicando Locke la misma experiéncia sensible á la filosofía del espíritu, habia resuelto el problema, y desde aquel acto se sentó como un dogma incontestable que el origen de nuestras ideas y de todos nuestros conocimientos estaba en el mundo material, y el único canal por donde llegábamos á adquirirlos eran los sentidos corporales. Creada esta conviccion entre los filósofos, empezaron á mirar como únicas

realidades las cosas que se tocan, se palpan y se ven, porque son las únicas accesibles á los sentidos corporales, y se relegaron al país de las quimeras todas las ideas absolutas de la razon y con ellas toda metafísica, mirando á los filósofos, que habian apoyado en ella sus sistemas, como unos verdaderos visionarios á quienes éra preciso despreciar. La filosofía de Descartes tenia precisamente este carácter, como que era esencialmente dogmática; y fué tan absoluto el desprecio que de ella se hizo, que á mediados del siglo XVIII, que es la época que estamos examinando, no se contaba en Francia otro cartesiano que Fontenelle, y sus funerales, que tuvieron lugar en 1757, fueron los funerales del cartesianismo. A mediados del siglo XVIII el empirismo de Locke habia sustituido al espiritualismo de Descartes.

El primer período del empirismo, de que hablamos en el capítulo anterior, fué de germinacion; este segundo, que acabamos de recorrer, que abraza desde fines del siglo XVII hasta mediados del XVIII, es de virilidad y proselitismo; ahora vamos á recorrer su tercer período de desenvolvimiento, en el que se presenta invasor y agresivo.
